

El cuento de la criada

de

Margaret Atwood

A Mary Webster y Perry Miller

Y viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tuvo envidia de su hermana, y dijo a Jacob: «Dame hijos, o me moriré.»

Y Jacob se enojó con Raquel, y le dijo: «¿Soy yo, en lugar de Dios, quien te niega el fruto de tu vientre?»

Y ella dijo: «He aquí a mi sierva Bilhá; únete a ella y parirá sobre mis rodillas, y yo también tendré hijos de ella.»

Génesis, 30: 1-3

En cuanto a mí, después de muchos años de ofrecer ideas vanas, inútiles y utópicas, y perdida toda esperanza de éxito, afortunadamente di con esta propuesta...

JONATHAN SWIFT *Una propuesta modesta*

En el desierto no hay ninguna señal que diga: «No comerás piedras.»

Proverbio sufí

I
LA NOCHE

Dormíamos en lo que, en otros tiempos, había sido el gimnasio. El suelo, de madera barnizada, tenía pintadas líneas y círculos correspondientes a diferentes deportes. Los aros de baloncesto todavía existían, pero las redes habían desaparecido. La sala estaba rodeada por una galería destinada al público, y me pareció percibir, como en un vago espejismo, el olor acre del sudor mezclado con ese toque dulce de la goma de mascar y el perfume de las chicas que se encontraban entre el público, vestidas con faldas de fieltro —así las había visto yo en las fotos—, más tarde con minifaldas, luego con pantalones, finalmente con un solo pendiente y peinadas con crestas de rayas verdes. Allí se habían celebrado bailes; persistía la música, un palimpsesto de sonidos que nadie escuchaba, un estilo tras otro, un fondo de batería, un gemido melancólico, guirnaldas de flores hechas con papel de seda, demonios de cartón, una bola giratoria de espejos que salpicaba a los bailarines con copos de luz.

En la sala había reminiscencias de sexo, soledad y expectativa, la expectativa de algo sin forma ni nombre. Recuerdo esa sensación, el anhelo de algo que siempre estaba a punto de ocurrir y que nunca era lo mismo, como no eran las mismas las manos que sin perder el tiempo nos acariciaban la región lumbar, o se escurrían entre nuestras ropas cuando nos agazapábamos en el aparcamiento o en la sala de la televisión con el aparato enmudecido y las imágenes parpadeando sobre nuestra carne exaltada.

Suspirábamos por el futuro. ¿De dónde sacábamos aquel talento para la insaciabilidad? Flotaba en el aire, y aún se respiraba, como una idea tardía, cuando intentábamos dormir en los catre del ejército dispuestos en fila y separados entre sí para que no pudiéramos hablar.

Teníamos sábanas de franela de algodón, como las que usan los niños, y mantas del ejército, tan viejas que aún llevaban las iniciales

U. S. Doblábamos nuestra ropa cuidadosamente y la dejábamos sobre el taburete, a los pies de la cama. Enseguida bajaban las luces, pero nunca las apagaban. Tía Sara y Tía Elizabeth hacían la ronda; en sus cinturones de cuero llevaban colgando agujadas eléctricas como las que se usaban para el ganado.

Sin embargo, no portaban armas; ni siquiera a ellas se las habrían confiado. Su uso estaba reservado a los Guardianes, a quienes se escogía entre los Ángeles. No se permitía la presencia de Guardianes dentro del edificio, excepto cuando se los llamaba; y a nosotras no nos dejaban salir, salvo para dar nuestros paseos, dos veces al día y de dos en dos, en torno al campo de fútbol que ahora estaba rodeado por un cercado de cadenas, rematado con alambre de espino. Los Ángeles permanecían fuera, dándonos la espalda. Para nosotras eran motivo de temor, y también de algo más. Si al menos nos miraran, si pudiéramos hablarles... Creíamos que de ese modo lograríamos intercambiar algo, hacer algún trato, llegar a un acuerdo, aún nos quedaban nuestros cuerpos... Ésa era nuestra fantasía.

Aprendimos a susurrar casi sin hacer ruido. En la semipenumbra, cuando las Tías no miraban, estirábamos los brazos y nos tocábamos las manos las unas a las otras. Aprendimos a leer el movimiento de los labios: con la cabeza pegada a la cama, tendidas de costado, nos observábamos mutuamente la boca. Así, de una cama a otra, comunicábamos nuestros nombres: Alma, Janine, Dolores, Moira, June.

II
LA COMPRA

Una silla, una mesa, una lámpara. Arriba, en el techo blanco, una moldura en forma de guirnalda, y en el centro de ésta un espacio en blanco tapado con yeso, como un rostro al que le han arrancado los ojos. Alguna vez debió de haber allí una araña. Pero han quitado todos los objetos a los que sea posible atar una cuerda.

Una ventana, dos cortinas blancas. Bajo la ventana, un asiento con un cojín pequeño. Cuando la ventana se abre parcialmente —sólo se abre parcialmente— el aire entra y mueve las cortinas. Puedo sentarme en la silla, o en el asiento de la ventana, con las manos cruzadas, y dedicarme a contemplar. La luz del sol también entra por la ventana y se proyecta sobre el suelo de listones de madera estrechos, muy encerados. Huelo la cera. En el suelo hay una alfombra ovalada, hecha con trapos viejos trenzados. Ésta es la clase de detalle que les gusta: arte popular, arcaico, hecho por las mujeres en su tiempo libre con cosas que ya no sirven. Un retorno a los valores tradicionales. No consumir, no desear. Si no consumo, ¿por qué, a pesar de ello, deseo?

En la pared, por encima de la silla, un cuadro con marco pero sin cristal: es una acuarela de flores, lirios azules. Las flores aún están permitidas. Me pregunto si las demás también tendrán un cuadro, una silla, unas cortinas blancas. ¿Serán artículos repartidos por el gobierno? Imagínate que estás en el ejército, decía Tía Lydia.

Una cama. Individual, de colchón semiduro cubierto con una colcha blanca rellena de borra. En la cama no se hace nada más que dormir... o no dormir. Intento no pensar demasiado. Como el resto de las cosas, el pensamiento tiene que estar racionado. Hay muchos que no soportan pensar. Si pensamos corremos el riesgo de perjudicar nuestras posibilidades, y yo tengo la intención de resistir. Sé por qué el cuadro de los lirios azules no tiene cristal, y por qué la ventana sólo se abre parcialmente, y por qué el cristal de la ventana es irrompible. Lo que temen no es que escapemos —al fin y al cabo no llegaríamos muy lejos—, sino esas otras salidas, las que si se posee una mente aguda es posible abrir dentro de una.

De modo que, aparte de estos detalles, ésta podría ser la habitación de los invitados de un colegio, pero la de los menos distinguidos; o una habitación de una casa de huéspedes como las de antes, adecuada para damas de escasos recursos. Así estamos en este momento. Las posibilidades han quedado reducidas... para quienes aún tenemos posibilidades.

Pero la silla, la luz del sol, las flores... no deben despreciarse. Estoy viva, existo, respiro, saco la mano abierta por la ventana. El lugar en que me encuentre no es una prisión sino un privilegio, como decía Tía Lydia, a quien le encantaban los extremos. Está sonando la campana que mide el tiempo. Aquí el tiempo se mide mediante campanas, como ocurría antes en los conventos. Y, también como en un convento, hay pocos espejos.

Me levanto de la silla, doy un paso hacia la luz del sol con los zapatos rojos de tacón bajo, que no han sido pensados para bailar sino para proteger la columna vertebral. Los guantes rojos están sobre la cama. Los tomo y me los pongo, dedo a dedo. Salvo la toca que rodea mi cara, todo es rojo, del color de la sangre, que es lo que nos define. La falda es larga hasta los tobillos y amplia, con un canesú liso que cubre el pecho, y las mangas son anchas. La toca blanca también es de uso obligatorio; su misión es impedir que veamos, así como que nos vean. El rojo nunca me ha sentado bien, no es mi color. Recojo la cesta de la compra y me la cuelgo del brazo.

La puerta de la habitación —no es mi habitación, me niego a reconocerla como mía— no está cerrada con llave. De hecho, ni siquiera ajusta bien. Salgo al pasillo, encerado y cubierto por una alfombra central de color rosa ceniciento. Es como un sendero en el bosque, como una alfombra para la realeza; me indica el camino.

La alfombra traza una curva y baja por la escalera; la sigo, apoyando una mano en la barandilla que alguna vez fue árbol, fabricada en otro siglo, lustrada hasta hacerla resplandecer. La casa es de estilo victoriano tardío y fue construida para una familia rica y numerosa. En el pasillo hay un reloj de péndulo que mide el tiempo lánguidamente y luego una puerta que da a la sala de estar materna, poblada de sombras. Una sala en la que nunca me siento, sino donde permanezco de pie o me arrodillo. Al final del pasillo, encima de la puerta principal, hay un montante en forma de abanico de vidrios de colores que forman flores rojas y azules.

En la pared de la sala aún queda un espejo. Si vuelvo la cabeza —de manera tal que la toca blanca que enmarca mi cara dirige mi visión hacia él— alcanzo a verlo mientras bajo la escalera; es un espejo redondo, convexo como el ojo de un pescado, y mi imagen reflejada en él semeja una sombra distorsionada, una parodia de algo, como la figura de un cuento de hadas cubierta con una capa roja, descendiendo hacia un momento de indiferencia que es igual al peligro. Una Hermana, bañada en sangre.

Al pie de la escalera hay un perchero para los sombreros y los paraguas; tiene barrotes de madera, largos y redondeados, que se curvan suavemente formando ganchos que imitan las hojas de un helecho. De él cuelgan varios paraguas: uno negro para el Comandante, uno azul para la Esposa del Comandante, y el que me han asignado, de color rojo. Dejo el paraguas rojo en su sitio: por la ventana veo que brilla el sol. Me pregunto si la Esposa del Comandante se encontrará en la sala. No siempre está allí sentada. A veces la oigo pasearse de un lado a otro, una pisada fuerte y luego una suave, y el sordo golpecito de su bastón sobre la alfombra de color rosa ceniciento.

Camino por el pasillo, paso por delante de la puerta de la sala de estar y de la que comunica con el comedor; abro la del extremo y entro en la cocina. Aquí no huele a madera encerada. Encuentro a Rita de pie ante la mesa pintada de esmalte blanco. Luce su habitual vestido de Martha, de color verde pálido, como la bata de un cirujano de los tiempos pasados. Su vestido es muy parecido al mío, largo y recatado, pero por encima lleva un delantal con peto, y no tiene toca ni velo. El velo sólo se lo pone para salir, pero a nadie le importa demasiado quién ve el rostro de una Martha. Tiene el vestido remangado hasta los codos y se le ven los brazos oscuros. Está haciendo pan: extiende la pasta para el breve amasado final antes de darle forma.

Rita me ve y mueve la cabeza —es difícil decidir si a modo de saludo o como si simplemente tomara conciencia de mi presencia—, se limpia las manos enharinadas en el delantal y hurga en el cajón en busca del libro de los vales. Frunce el ceño, arranca tres vales y los tiende hacia mí. Si sonriera, su rostro incluso resultaría amable. Pero su expresión no va dirigida personalmente a mí: le desagrada el vestido rojo y lo que éste representa. Me considera contagiosa, como una enfermedad o una especie de desgracia.

A veces escucho detrás de las puertas, algo que antes jamás habría hecho. No escucho demasiado tiempo porque no quiero que me pesquen. Sin embargo, una vez oí que Rita le decía

a Cora que ella no se rebajaría de ese modo.

Nadie te lo pide, respondió Cora. De todos modos, ¿qué harías, si pudieras?

Irme a las Colonias, afirmó Rita. Ellas tienen opción.

¿Con las No Mujeres, a morirte de hambre y sabe Dios qué más?, preguntó Cora. Estás loca.

Estaban pelando guisantes; incluso a través de la puerta entornada llegaba hasta mí el tintineo que producían al caer dentro del bol de metal. Oí que Rita gruñía o suspiraba, no sé si a modo de protesta o de aprobación.

Como quiera que sea, ellos lo hacen por nosotras, o eso dicen, prosiguió Cora. Si yo no tuviera las trompas ligadas y fuese diez años más joven, podría tocarme a mí. No es tan malo, y dista de ser lo que se llama un trabajo duro.

Ella está mejor que yo, dijo Rita, y en ese momento abrió la puerta.

Tenían la expresión típica de las mujeres cuando las sorprendes hablando de ti a tus espaldas y creen que las has oído: una expresión de incomodidad y al mismo tiempo de desafío, como si estuvieran en su derecho. Aquel día, Cora se mostró conmigo más amable que de costumbre y Rita más arisca.

Hoy, a pesar del rostro impenetrable de Rita y de sus labios apretados, me gustaría quedarme en la cocina. Vendría Cora desde algún otro lugar de la casa con su botella de aceite de limón y su plumero, y Rita prepararía café —en las casas de los Comandantes aún hay café auténtico— y nos sentaríamos alrededor de la mesa de Rita —que no le pertenece más que a mí la mía— y charlaríamos de achaques, de enfermedades, de nuestros pies, de nuestras espaldas, de las diferentes clases de travesuras que nuestros cuerpos —como criaturas ingobernables— son capaces de cometer. Asentiríamos con la cabeza, como si cada una aprobara la frase de la otra, indicando que sí, que ya sabemos de qué se trata. Intercambiaríamos remedios e intentaríamos aventajarnos mutuamente en la exposición de nuestras miserias físicas; nos lamentaríamos en voz baja y triste, en tono menor, como las palomas que anidan en los canalones de los edificios. Sé lo que quieres decir, afirmaríamos. O, utilizando una expresión que aún pronuncia la gente mayor: Oigo de dónde vienes, como si la voz misma fuera un viajero que llega de algún lugar lejano. Que podría serlo, que lo es.

Solía desdeñar este tipo de conversación. Ahora la deseo ardientemente. Al menos es una conversación, una manera de intercambiar algo.

O nos dedicaríamos a chismorrear. Las Marthas saben cosas, hablan entre ellas y hacen correr de casa en casa las noticias oficiosas. No hay duda de que escuchan detrás de las puertas, como yo, y ven cosas a pesar de esos ojos desviados. Alguna vez las he oído, he captado fragmentos de sus conversaciones privadas. Nació muerto.

O: Le clavó una aguja de tejer en el vientre. Debieron de ser los celos, que la estaban devorando. O, en tono atormentador: Lo que usó fue un producto de limpieza. Funcionó a las mil maravillas, aunque cualquiera diría que él lo había probado. Debió de ser ese borracho; pero a ella la encontraron enseguida.

O ayudaría a Rita a hacer el pan, hundiendo las manos en esa blanda y resistente calidez que se parece tanto a la carne. Me muero por tocar algo, algo que no sea tela ni madera. Me muero por cometer el acto de tocar.

Pero aunque me lo pidieran, aunque faltara al decoro hasta ese extremo, Rita no lo permitiría. Estaría demasiado preocupada. Se supone que las Marthas no fraternizan con nosotras.

Fraternizar significa comportarse como un hermano. Me lo dijo Luke. Dijo que no existía ningún equivalente de comportarse como una hermana. Según él, tenía que ser sororizar, del latín. Le gustaba saber esa clase de detalles, la procedencia de las palabras y sus usos menos corrientes. Yo solía tomarle el pelo por su pedantería.

Tomo los vales que Rita me extiende. Tienen dibujados los alimentos por los que se pueden cambiar: una docena de huevos, un trozo de queso, una cosa marrón que se supone que es un bistec. Me los guardo en el bolsillo de cremallera de la manga, donde llevo el pase.

—Diles que los huevos sean frescos —me advierte—. No como la vez anterior. Y que te den un pollo, no una gallina. Diles para quién es y ya verás que no fastidian.

—De acuerdo —respondo. No sonrío. ¿Para qué tentarla con una actitud amistosa? O nos dedicaríamos a chismorrear. Las Marthas saben cosas, hablan entre ellas y hacen correr de casa en casa las noticias oficiosas. No hay duda de que escuchan detrás de las puertas, como yo, y ven cosas a pesar de esos ojos desviados. Alguna vez las he oído, he captado fragmentos de sus conversaciones privadas. Nació muerto.

O: Le clavó una aguja de tejer en el vientre. Debieron de ser los celos, que la estaban devorando. O, en tono atormentador: Lo que usó fue un producto de limpieza. Funcionó a las mil maravillas, aunque cualquiera diría que él lo había probado. Debió de ser ese borracho; pero a ella la encontraron enseguida.

O ayudaría a Rita a hacer el pan, hundiendo las manos en esa blanda y resistente calidez que se parece tanto a la carne. Me muero por tocar algo, algo que no sea tela ni madera. Me muero por cometer el acto de tocar.

Pero aunque me lo pidieran, aunque faltara al decoro hasta ese extremo, Rita no lo permitiría. Estaría demasiado preocupada. Se supone que las Marthas no fraternizan con nosotras.

Fraternizar significa comportarse como un hermano. Me lo dijo Luke. Dijo que no existía ningún equivalente de comportarse como una hermana. Según él, tenía que ser sororizar, del latín. Le gustaba saber esa clase de detalles, la procedencia de las palabras y sus usos menos corrientes. Yo solía tomarle el pelo por su pedantería.

Tomo los vales que Rita me extiende. Tienen dibujados los alimentos por los que se pueden cambiar: una docena de huevos, un trozo de queso, una cosa marrón que se supone que es un bistec. Me los guardo en el bolsillo de cremallera de la manga, donde llevo el pase.

—Diles que los huevos sean frescos —me advierte—. No como la vez anterior. Y que te den un pollo, no una gallina. Diles para quién es y ya verás que no fastidian.

—De acuerdo —respondo. No sonrío. ¿Para qué tentarla con una actitud amistosa?

